

Cruce de miradas

Arume Díaz



Capítulo 1
Hola a todos/as. Mi nombre es Arume Díaz y me gustaría mostrarle mi primera novela. Iré publicando pedazos de la obra, de manera que la puedan ir siguiendo poco a poco. Me encantaría que, tras terminar de leerla y si lo desean, dejen su opinión o alguna muestra de que les gustó o no. Pueda que tenga errores en mis escritos, por lo que espero que me puedan ayudar a mejorarlos y así poder aprender de todos ustedes. Gracias a todos y espero que les guste y disfruten.

Capítulo 2 Todo transcurría, en una mañana calurosa de un día a finales del mes de Agosto, en el aeropuerto de Barajas, Madrid. A punto de acabar las vacaciones para algunos, otros se preparaban para emprender sus momentos de relajación, tranquilidad, innovación e, incluso, momentos de madurez para los tantos estudiantes que se encontraban a la espera del momento en el que sus vidas cambiarían. Muchos de los allí presentes se mostraban nerviosos, buscando las puertas de embarques y chequeando los números de éstas con los de sus billetes. Muchas mujeres miraban a lo lejos cómo sus parejas cruzaban los puestos de registro mientras levantaban sus manos para decirles un último adiós o un "hasta luego, mi amor". Muchos padres esperaban sentados en las cafeterías del aeropuerto, mientras que sus hijos se comían unas golosinas y se lograban relajar de lo entusiasmados que se encontraban con el viaje que les esperaba por delante. Eran como pequeños remolinos en busca de algo que destruir.

Desde todos los ángulos del aeropuerto se veía a la gente caminando a todos lados, comprando en las tiendas algunos souvenirs, poniendo sus maletas en las cintas transportadoras o, simplemente, paseando por los diferentes pasillos del aeropuerto hasta que pase el tiempo de espera de la escala.

En la zona de pistas, se localizaban todos los aviones. Había aviones que acabaron de aterrizar, otros que estaban a punto de despegar a diferentes rumbos y destinos. En el fondo de la gran pista de las rutas internacionales, se encontraba un avión que estaba a punto de tomar rumbo. El destino... Roma.

-¡Qué calor hace aquí dentro! – pensaba un chico joven

que se encontraba en el interior de ese avión, sentado en el asiento D3. – Ojalá llegue pronto a Roma...tengo muchas ganas de ver cómo es todo aquello. Era la primera vez que viajaba y en su interior se acumulaban tanto sentimientos de nerviosismo como de fascinación. Llevaba años esperando que le concedieran la beca de estudios estatal. Esta beca consistía en un año de estudios en cualquiera de los países pertenecientes a la Unión Europea. Sin embargo, él decidió acudir a Roma, en Italia, por varias razones. Algunas de esas razones estaban relacionadas con aspectos educativos, familiares o por mera atracción por esa ciudad. Roma es la ciudad que tanto le gustaba y que deseaba visitar desde que era un niño, no tanto por las historias que le contaba su madre antes de irse a dormir, sino por sus estudios sobre ese idioma latino.

Cuando comenzó la carrera de ingeniería en la universidad de Extremadura, se preguntaba que podría tener suerte, si se esforzaba, y conseguiría la beca de estudios estatal. Por otra parte, su madre conocía tantas historias que tuvieron lugar en Roma, ya que ella vivió allí durante su infancia y adolescencia, y se las contaba una y otra vez a sus hijos antes de irse a dormir. Era uno de los mejores momentos del día que los hermanos Ibáñez esperaban que llegara. Ese momento en el que Suzanne terminaba de ducharlos, prepararles las camas y arroparles contándoles historias como cuando vino el primer hombre, que vendía los “gelato”, al pueblo, el día que su prima Amelia se casó con el primo segundo Luigi o cuando la bisabuela les preparaba la pasta fresca cada domingo para comer toda la familia junta. La verdad es que su familia era muy tradicional. Sus abuelos eran de procedencia italiana, pero cuando su madre cumplió los dieciocho años, inmigraron a España en busca de una

vida diferente y llena de nuevas emociones.

Este chico se llamaba Norberto y era el segundo de entre cuatro hermanos. Medía, aproximadamente el metro setenta y tres y su cuerpo era delgado pero marcado. Sus ojos marrones, color miel, y su pelo castaño, que normalmente solía colocárselo de punta ya que le era mucho más fácil de peinar. Lo que más le caracterizaba físicamente era un lunar que tenía bajo el labio inferior en la parte derecha. Aunque él no lo creía, el simple hecho de tener ese lunar en la barbilla, hacía que su cara fuera más bella y que atrajera la mirada de muchas. Siendo uno de los hijos mayores, tenía que dar buen ejemplo a seguir para sus otros hermanos. Por ello, sus notas nunca fueron malas y sus amistades no podrían decir que era mal amigo de todo aquel que quisiera conocerle. Le apasionaba los idiomas pero en especial el italiano, más que nada porque le gustaba mucho charlar con su madre en dicha lengua mientras que sus hermanos no se enteraban de lo que podrían tramar entre ellos.

Vivía en un pequeño pueblo de la provincia de Extremadura con sus padres y sus otros tres hermanos.

Sus padres se llamaban Juanma y Suzanne, uno de carácter fuerte y cerrado mientras que la otra dulce y tolerante. Su hermana mayor era Sonia. Ésta estaba casada con Jonay, un chico muy leal y simpático procedente de la isla de Tenerife, y tenían a Ayoney, un niño precioso de unos tres años. Después estaba Alex.

Alex era el típico chico responsable pero a la vez alocado. Se caracterizaba por sus estudios fantásticos pero por sus constantes salidas nocturnas y su fama de ser un ligón entre el público femenino. Y por último se encontraba Claire. Ella era la niña de la casa y, como decían sus hermanos entre reproches, la mimada de su

padre. Era la niña de los ojos de papá. Su padre sentía una adoración tremenda hacía ella y, en ocasiones, la sobreprotegía. Su melena rubia y sus ojos verdes, hacían que no pasaran desapercibidos ante las miradas de los vecinos y eso, con tan poca edad, removía varios sentimientos de angustia y preocupación en su padre.

En ese momento, se estaba acordando Norberto de cómo fue el instante en el que decidió contarle a la familia que le había llegado la notificación en una carta certificada y que había hecho sus planes para irse a Roma. Cuando rellenó el formulario de la beca, creyó que no le iba a costar decírselo a su familia, pero, cuando tocaron el timbre y le entregaron la carta, el mundo parecía venírsele encima.

-Claire, ¿podrías hacerme el favor de avisar a tus hermanos para cenar?- dijo su madre desde la planta baja mientras secaba los vasos que utilizarían para la cena.

-Sí mamá, en seguida.

-Ahh, y dícelo también a tu padre, que siempre que echan el programa que le gusta o algún partido interesante, no hay quien lo levante del sillón.

Claire acudió habitación por habitación avisando a cada uno de ellos. Cuando llegó a la habitación de Norberto, cruzó el umbral y le dijo:

-Norber, mamá que bajemos para cenar.

-Emm... sí, sí, descuida- dijo medio distraído sin quitarle ojo a la carta que tenía en sus manos.

-¿Te encuentras bien? Pareces un tanto en tu mundo...-
le preguntó sin dejar de mirarlo con cara de preocupación.

-No, no, no es nada. Ya bajo.

Una vez estaban todos sentados, y preparados para comer, Suzanne les preguntó a cada uno de hijos por el día que habían tenido, como era costumbre cada noche.

A su hija mayor, Sonia, no le podía preguntar en la cena pues vivía en un piso no muy lejos de la casa de ellos junto a su marido y su hijo. Aún así, eso no quitaba para que cada noche tanto hija como madre se llamaran y mantuvieran largas conversaciones sobre los sucesos y los chismes nuevos que surgieran en el vecindario. Además, cada viernes acudían a almorzar y pasar el día.

-¿Qué tal les ha ido el día, chicos?

-Bien- respondió Claire, mientras que sus dos hermanos no abrieron la boca sino para introducir más pasta que había de cenar y para tragar.

-¿Sólo bien? ¿Algo habréis hecho no?- volvió a preguntar con el fin de sacarles algo de información.

-Bueno, nos comunicó hoy el director de la orquesta que haría una prueba en unas pocas semanas para ver que personas están preparadas para tocar en el festival por el día de nuestra provincia.

-¡Muy bien, Claire! Me parece fantástico. ¿Ya sabes, más o menos, si podrías ser elegida para tocar allí? ¿Te ha dicho algo el profesor que te dé a entender que se

ha fijado en ti para el festival?- le preguntaba con emoción su madre tras saber la noticia. Para ella era un orgullo muy grande saber que sus hijos iban obteniendo méritos y que las cosas les iba saliendo cada vez mejor.

-Pues no lo sé aún, mamá, pero me voy a esforzar mucho en estas semanas y no voy a faltar a los ensayos para que me elija- dijo Claire con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Y ustedes chicos? ¿Nada que decir?

De nada sirvió hacer esas preguntas pues sólo consiguieron que reinara un silencio un tanto incómodo.

Norberto suele ser de los que contestan y comenta hasta el último detalle de todo lo que transcurre en su día, pero esa noche estaba muy nervioso y medía cada palabra para que la sorpresa que les tenía preparada no fuera a caer mal. Esta noche no se libraría de contarla, y menos con la buena noticia que dijo anteriormente su hermana.

-¿Alex? ¿Alguna novedad por ahí?

-Sí, sí, ahora les toca a ustedes, que yo ya hablé- dijo Claire con cara burlona y una sonrisita que, en ocasiones, molestaba a sus hermanos.

-La verdad es que no, a no ser que quieras saber que me han puesto un examen para dentro de dos semanas y que en la facultad de Economía hay varias chicas que están como locas por saber mi número de teléfono.

-Vamos, eso no es ninguna novedad, Alex- le respondió Claire a punto de bostezar como señal de que se estaba

aburriendo con lo que decía su hermano.

-¿Y tú qué vas a saber? Sólo sabes estudiar y tocar la flauta travesa.

-Pues a mí me han dado la beca estatal para estudiar en el extranjero.- dijo Norberto en voz muy baja para que nadie le oyera, pero para sorpresa para él...

-¿Cómo? ¿Una beca para qué?- dijo su padre que justo al oír lo que había dicho su hijo, dejó de comer e, incluso, se le cayó el tenedor a la mesa.

-Una beca para estudiar en un país dentro de la Unión Europea. Es para profundizar y ampliar aún más mi carrera de Ingeniería.

-¿Y cuándo nos lo ibas a decir? ¿Cuándo la presentaste?- dijo su madre con la misma cara de fascinación que su marido.

Todos en la mesa dejaron de comer y dirigieron sus miradas hacia Norberto. No es que estuvieran locos, es, simplemente, que tan sólo los padres sabían lo que era vivir en otro sitio que no fuera Extremadura. Todos los demás nunca habían salido a otro sitio, y menos a quedarse un curso universitario completo.

-Rellené el formulario a principio de verano, como para finales de Mayo, pero no tenía la certeza de que me la fueran a dar a mí. Hay mucha gente muy buena y que también se la merece, a lo mejor más que yo.

-iDe eso nada! Si se la entregaron fue porque usted también es bueno, y tiene sus buenos estudios realizados. No digo que lo que acabas de decir me

parezca mal, para nada, es una noticia muy buena e inesperada, pero creía que había suficiente confianza para contarnos las cosas...-

-Ya mamá, pero no quería estar dándole ilusiones a nadie con todo esto. Te digo que ni yo sabía que me la fueran a dar.

-Bueno, da igual. Ahora lo que importa es saber el lugar al que te vas a ir y cuándo nos va a costar todo esto- respondió el padre mientras miraba de reojo el trozo de papel que lograba ver desde donde estaba sentado.

-Por eso no se tienen que preocupar. La beca carga con todos los gastos de estudios y alojamientos. Lo único que tengo que pagarme yo son mis gastos, pero no me preocupa, porque no conozco a nadie allí, así que mucho no saldré...

-Los gastos te los pagaremos nosotros hasta que tú consigas algo allá para pagártelo, ¿de acuerdo?-le resolvió su padre mucho más tranquilo.

-¿Y qué país elegiste?- preguntó Suzanne.

-¡Paris, Paris, por favor que sea Paris! Con sus luces, los enamorados cogidos de la mano, la torre Eiffel,...-dijo Claire con la mirada perdida y como si sus deseos la envolvieran.

-¡No, no, mejor Ámsterdam! Con sus....y sus....Bueno, sus lugares de interés turístico.-dijo Alex picándole un ojo a su hermano mientras se podía ver la cara de desaprobación de sus padres.

-En realidad elegí Roma. He estado preparándome mejorando mi italiano por si me decían que sí y, además, me encantaría ir allí y ver con mis ojos todos los lugares que mamá nos ha ido contando cada noche desde que somos pequeños.

Ante la decisión de Norberto, Alex le hizo un gesto de desaprobación y disgusto, mientras que Claire mostró respeto y admiración por lo bien preparado que tenía el plan su hermano mayor. Sin embargo, sólo había que mirar la cara de su madre, llena de vida y sus ojos iluminados al ver que su hijo quiere saber de sus raíces y que, sin saberlo, comparte mucho más con su hijo de lo que pensaba. Juanma, el padre, no dijo nada, simplemente cogió de nuevo el tenedor, enrolló un poco de pasta en él y se lo llevó a la boca.

-Pues mi día no ha estado tampoco tan mal. No me han dado ninguna beca, ni me han dicho de alguna prueba ni examen, pero si me he enterado de par de chismes en el vecindario. Por lo visto la vecina de la casa azul, doña Azucena, tiene una hija que por lo visto se va a presentar a policía. Está preparando las pruebas, pero lo que no sabe es que su otro hijo pasa más tiempo metiéndose en problemas. ¡Qué raro! ¿No?

Mientras la cena iba transcurriendo, los miedos de Norberto por la carta iban desapareciendo y aumentaban sus deseos por ir. Se detuvo a observar a su familia y pudo ver cómo sus hermanos seguían discutiendo por el destino que ellos preferían para su hermano, a su madre comentando los chismes del resto de las vecinas y su padre dando de cabeza como suele hacer cuando durante la cena hay tantos temas de conversación y no logra enterarse de ninguno de ellos.

Los siguientes días hasta el momento del viaje, aproximadamente unas dos semanas, Norberto tuvo que organizarse. Preparar la maleta, repasar los apuntes de italiano, guardar todos los documentos que le serían necesarios para la estancia en Roma e, incluso, se auto obligó a hablar con su madre en ese idioma para practicar antes de irse.

El dilema llegó cuando tenía que preparar la maleta. Le habían notificado en la carta que el equipaje no podía sobrepasar los veinte kilos en total. Pensaba que era un mareo coger todo lo que necesitaba y estar pesándolo para no pasarse con el peso. Además, ¿qué ropa podía llevar? ¿De invierno o de verano? ¿Y si llevaba de los dos tipos? Ya estaba empezando a marearse.

-¿Lo tienes todo preparado?- le preguntó su madre cuando se paró en el umbral de la puerta de su habitación con el cesto de la colada en los brazos.

-Recuerda que si necesitas algo para lavarlo y llevártelo, dámelo ahora, ¿sí?

-Creo que lo voy teniendo todo más o menos listo. Aún tengo algunas dudas sobre si me llevo ropa de verano o de invierno...

-Podrías llevarte par de vaqueros, unas camisas y algún jersey. Ya luego, cuando estés acomodado en la habitación de la universidad, podrás mirarte algo más a compás de lo que vayas necesitando.

-Mamá, eres la mejor. En serio, si no fuera por ti, ahora mismo estaría como loco pesando en qué poner en la maleta.-dijo justo antes de darle un gran abrazo a su madre. Necesitaba tener en mente el olor de su madre ya que lo echaría de menos.

Varios días más tarde, llegó el momento de ir al aeropuerto. Eran las diez de la mañana y el avión salía a la una de la tarde. Tenía tiempo de sobra, pero quería disfrutar de sus últimos momentos con su familia antes de coger el avión. Ninguno de ellos se creía que se fuera a ir durante unos ocho o nueve meses a tantos kilómetros de distancia.

-Ya son cerca de las once. ¿No se te hará tarde?- dijo Juanma, el padre.-No es que quiera que te vayas ya, pero tampoco quiero que vayas a estar con las prisas. Bastante tienes con los nervios que llevas encima.

-La verdad es que no tengo ganas de irme, les voy a echar mucho de menos.

-¡Qué dices! Yo soy tú y en cuanto llegue ya estaría buscando chicas que ligarme y lugares para hacer fiestas- dijo Alex mientras echaba un par de carcajadas.

-Tú no cambias, ¿no? No sabes lo que deseo que madures un poco- comentó Claire moviendo la cabeza de un lado a otro.

-¿Que no cambio? Claro que sí, me cambio a la habitación de Norberto que es mucho más grande que la mía. ¿Qué pensabas, que no lo había pensado? Ayer guardé todas mis cosas para hoy solo cambiarlas de sitio- le respondió a su hermana mirándola con ojos de malicia. -Espero que no te moleste, Norber.

-No, no, descuida, ya te la quitaré cuando regrese.

De repente Suzanne comentó a emocionarse y de sus

ojos salieron dos lágrimas. Nadie se había dado cuenta menos Norberto, el cual también logró emocionarse al verla.

-Mamá, ¡qué no me va a pasar nada! Sólo voy a estudiar. No te preocupes que te llamaré todos los días.

El avión estaba preparado con una capacidad de, aproximadamente, unos cien o ciento cincuenta pasajeros. Entre los pasajeros había personas de todas las nacionalidades y religiones. Creyentes que viajan para poder visitar el Vaticano y lograr ver al Papá, parejas de recién casados que quieren pasar sus lunas de miel en algún hotel con vistas al Coliseo,... En el momento del embarque, las luces del avión tenían una intensidad fuerte, tanta que desde la primera fila de asientos se lograba ver hasta la última. En la puerta de entrada, las azafatas daban la bienvenida a todos los pasajeros, de uno en uno y en varios idiomas, cuando fue necesario. Una vez los pasajeros se sentaron en sus respectivos asientos, las luces se fueron apagando poco a poco, de manera que se veían sólo las luces fluorescentes del suelo y las paredes, las cuales ayudarían en caso de accidente indicando dónde están las salidas de emergencia. Al cabo de un rato, una azafata cerró las puertas mientras las demás les pedía a los pasajeros que se abrocharan los cinturones, que pusieran todas sus pertenencias en los guarda maletas situados encima de las cabezas, y que si necesitaban algo antes de salir. Una vez todo comprobado, las azafatas se situaron en lugares estratégicos, una al

principio y otra al final del avión, y comenzaron a enseñar las maniobras de información básica para en caso de accidente. Todas haciendo los movimientos simultáneos y bien uniformadas con sus trajes de chaqueta y falda azul marina, camisas blancas con los filos amarillos y pañuelos amarillos. En la cabeza llevaban un recogido original también de color amarillo.

Norberto las miraba detenidamente. No prestaba atención las indicaciones sino sus movimientos limpios y sincronizados, a la vez que bien trabajados.

Sin embargo, lo más sorprendente fue cuando al apoyar la cabeza en la parte lateral del cabecero del asiento y notó una tranquilidad enorme que le hizo terminar de relajarse poco a poco, poco a poco. Echó un vistazo a las personas que tenía a su alrededor. A su derecha se encontraba un señor con una camisa hawaiana, como si se hubiera equivocado de vuelo y creyera que iba de camino a alguna isla paradisíaca.

Tenía toda la apariencia de ser extranjero. Y a su izquierda estaba la ventanilla con la persiana bajada hasta la mitad. Desde ella se podía ver parte del aeropuerto y las pistas de aterrizaje y despegue.

-¡Bufo! No me he ido aún y ya les estoy echando de menos.-se dijo para sí mismo antes de que el avión despegara. No podía dejar de pensar en los últimos días con sus seres queridos.

En menos de un segundo, había caído en un sueño profundo. No había podido dormir la noche anterior. Ni siquiera terminó de ver las indicaciones de las azafatas, ni oyó el saludo de bienvenida del piloto. Gran parte de los pasajeros estuvieron despiertos y atentos a las vistas que brindaban el viaje en todo momento. Sin embargo había otros que, al haber pasado unos

minutos, prefirieron oír algo de música, charlas con los que tenían sentados a los lados o echarse una cabezadita.

El vuelo duró, contando la espera por comprobación de motores y ventiladores, como unas dos horas y media. La comprobación era debida a la lluvia y poca nevada que hubo la noche anterior. Durante el trayecto no hubo ningún percance, sólo se veían las nubes, el cielo y más nubes. En alguna parte del camino se observaban extensiones de tierra, monumentos esbeltos y ríos extensos. Incluso si Norberto hubiera estado despierto, habría visto las costas de Mónaco.

-Señor, señor.- dijo una de las azafatas del avión para despertar a Norberto.-Despierte por favor. El avión está a punto de aterrizar.

-Ehhh, gracias. No creí que me hubiera quedado dormido.-pensó.

Se recostó en el asiento, revisó el cinturón de seguridad y miró a ambos lados. El señor con la camisa hawaiana estaba despierto, mirándolo con cierta vergüenza ya que aprovechó para estirarse lo máximo posible mientras Norberto dormía. Lo había pillado en fraganti y ahora le tocaba sentarse correctamente. Tuvo suerte al no tener nadie sentado al otro lado, mientras que el pobre Norberto estuvo todo el viaje apretujado. Muchas personas estaban de pié, cogiendo sus bolsos o bolsas de plástico de los guarda maletas. Algunas de las bolsas de plástico contenían equipaje y otras, productos de las tiendas del aeropuerto de Barajas.

-Señores pasajeros, les pedimos, por favor, que

esperen hasta que les avisemos de cuando pueden coger sus pertenencias. Por lo tanto, les rogamos que se sientan de nuevo en sus asientos y esperen hasta el aviso. Sin embargo, tenemos que comunicarles que ya hemos llegado al aeropuerto de Fiumicino, en Roma. La temperatura exterior ambiental era de veintiséis grados centígrados y un tanto soleado. Les agradecemos que hayan elegido esta compañía para viajar y esperamos que vuelvan a utilizar de nuevo nuestros servicios.

Gracias y hasta la próxima.

Los pasajeros se volvieron a sentar, sin resultado alguno, pues al poco las azafatas comunicaron, a través del altavoz, que ya podían coger sus cosas y que les agradecían que hubieran volado con ellos.

Varios de éstos rechistaban por haberse sentado y levantado. Por un instante sintieron que les estaban vacilando o que no les estaban tomando en serio. Otros ni se inmutaron, en realidad ni tuvieron en cuenta que la compañía les pidiera que se sentaran y luego, en menos de dos segundos, que se levantaran.

Norberto se levantó, aún un poco adormilado, estiró la camisa que llevaba puesta y se sacudió un poco el pantalón. De la postura incómoda, en la que se había quedado dormido, tenía gran parte de la camisa y la parte de las corvas del pantalón arrugadas. Tuvo que esperar a que el señor, con la camisa hawaiana, se desplazara a un lado y le dejara espacio para coger su mochila del guarda maletas. Cuando pudo colocarse en el pasillo, anduvo hasta la salida más próxima a donde estaba, se despidió de la azafata que estaba cerca de la puerta y bajó los escalones que unían el avión con el conducto conector con el aeropuerto.

Capítulo 3¿Te gusta? ¡Compártelo!

Por fin había llegado al aeropuerto italiano. Era el tan conocido aeropuerto de Roma, Fiumicino. Cuando sacó la tarjeta de embarque en Barajas, le sorprendió bastante el nombre del aeropuerto ya que siempre había pensado que el aeropuerto se llamaría como la misma ciudad donde se encontraba, es decir, Roma. Pero, sin embargo, era todo lo contrario. Tenía un nombre que era un tanto complicado para pronunciar y que, seguro, no se le olvidaría en la vida. En las pistas de éste se podían localizar aviones de todos los lugares del mundo, tanto de los vuelos internacionales como nacionales. Este aeropuerto era, como muchos de los aeropuertos de Europa, un lugar donde hacer paradas reglamentarias. Además, era uno de los aeropuertos más grande, por no decir el más grande, de toda Italia. Sus grandes tiendas, sus dependientes parlanchines, los jóvenes atractivos y las chicas guapas, tanto que parecían puras modelos.

Norberto andaba por el aeropuerto medio perdido. Bueno, no del todo perdido. Antes de salir del avión, se había fijado en una señora que se encontraba delante de él mientras caminaban por el pasillo. Esta señora llevaba un traje ajustado, muy ajustado, rojo y de un material parecido al terciopelo. Su cuerpo era un tanto extraño. Su espalda era normalilla, su cintura muy fina pero sus caderas tan anchas como las de las latinas. Sus pelos rizados, en un recogido parecido a los años sesenta, y su estatura cerca del metro cincuenta. Para disimular un poco su estatura, utilizaba tacones altos. Por la apariencia se podría decir que se rodeaba en un mundo de lujos, grandes palacios y grandes joyas. Lo más que llamó la atención era su manera de caminar y de llevar el bolso. Caminaba como todas las mujeres de grandes postines, las cuales les prohíben separar los muslos al moverse, y tampoco los brazos, sobretodo en el que portan los bolsos. Parece que están pegados con pegamento extra fuerte.

Buscó entre las personas que estaban a su alrededor algún pasajero que reconociera del avión, sin dejar de caminar por los pasillos del aeropuerto. Miraba hacia un lado y hacia el otro, hacia la izquierda y luego a la derecha, pero nada. No debía de haberse quedado dormido. Sin embargo, cuando vio a esa mujer vestida de rojo, se abrió el cielo para él. Él pensó que si esa mujer cogió el mismo vuelo que él, ambos tendrían que recoger el equipaje en el mismo sitio. Se relajó un poco, pues empezó a sentir un poco de paz. Nunca una persona desconocida le había ayudado tanto, creía él. En ese momento cayó en la cuenta de que ya estaba allí, ya estaba en Roma. Su sueño se había hecho realidad y que no tenía otra cosa que hacer que disfrutar de esa oportunidad. De repente su cara mostró una señal de alegría, por fin sonreía desde que aterrizó el avión. Recogió su equipaje y se dirigió a la puerta de salida. Unas puertas transparentes se abrieron y pudo ver tantas personas aglomeradas. Cada una esperaba a alguien especial, un familiar o a alguien relacionado con el

mundo profesional. Sin embargo, Norberto no esperaba a nadie, ya que no conocía a nadie allí.

De repente vio un señor, de unos cuarenta años aproximadamente, vestido de manera formal que llevaba un cartel. El cartel tenía escrito el nombre y apellido de Norberto.

-Buenas tardes, ¿habla usted español?- dijo mientras se dirigía a este señor.

-¿Señor Ibáñez? Sí, sí, hablo su idioma. Bienvenido a Roma. ¿Es la primera vez que viene a esta ciudad? ¿Conoce a alguien aquí?

-Gracias. La verdad es que llevaba muchos años con ganas de venir aquí, pero por varias circunstancias no he podido. Por desgracia no conozco a nadie, pero espero hacerlo pronto.- comentó mostrándole una sonrisa de agradecimiento por hablarle en su idioma y por no hacer que ese momento no fuera incomodo, sino más llevadero.

-Bueno, por eso no se preocupe. Los italianos tenemos la fama de darnos a conocer sin problemas. Pero eso sí, ¿sabe hablar italiano?

-Sí, sí, he estado estudiando un poco antes de venir.- respondió mientras se dirigía por el camino que le indicaba el conductor. -Por cierto, siento ser un maleducado. ¿Cómo se llama usted?

-No se preocupe, es normal que pasen estas cosas cuando se baja uno del avión con ilusión. Yo soy Fabio Doretti y, no sé si se habrá dado cuenta, pero soy el chofer de la universidad. Bueno, en realidad soy un conserje pero el único que podía venir a buscarle y que tuviera licencia para conducir era yo. No le importará, ¿no?

-Para nada, es más, se lo agradezco mucho porque antes de saber que estaba usted aquí andaba un poco perdido, descolocado.

-Por favor, tutéeme. Hace que me sienta mucho mayor de lo que soy. -pidió Fabio.

-Vale, lo mismo te digo. Puedes tutearme sin ningún problema.- le dijo Norberto.-Por cierto, ¿sabes si en la universidad estará el director? Tengo entendido que para la bienvenida de los nuevos alumnos, el mismo director de la universidad te recibe y te muestra todas las instalaciones del centro, sus departamentos e, incluso, la habitación que ocuparás, el comedor,...

-Pues, que yo tenga entendido, el horario en el que está el señor Francesco es hasta las dos del mediodía, pero me supongo que hoy, como llegas tú, pues se quedará mucho más tiempo.

Los nervios de Norberto, que no se habían presentado durante la mañana y el vuelo, estaban apareciendo de nuevo poco a poco. El hecho de empezar una etapa nueva de su vida, conocer gente desconocida con la que convivirá los próximos nueve meses, etc., hacían que sus preocupaciones se mostraran de nuevo. Ambos caminaron por todo el pasillo de llegadas y cruzaron la puerta transparente que mostraba la salida del aeropuerto. Fabio se ofreció a llevarle las maletas, pero Norberto se negó. No porque no se fiase por los demás, ni porque no necesitara ayuda, sino porque no le parecía justo llegar y ya disponer de la hospitalidad de este hombre. Estaba cansado pero aún así decidió llevar

la maleta él. Al final le había hecho caso a su madre en cuestión del equipaje. Cogió algunas prendas de invierno y otras de verano.

El camino desde aeropuerto al centro de Roma no tardó mucho. Una hora y pocos minutos más estuvo en el coche. Estaba asombrado con las vistas que tenía a su alrededor. Partes descampadas cubiertas de vegetación y árboles de muchas clases.

Caminos antiguos que llevaban a reliquias romanas, pequeños grupos de casas o incluso a lugares sin salida. Ya adentrados en la ciudad, el paisaje cambiaba. Los descampados daban paso a las casas típicas, los restaurantes con los menús colocados en pizarras en las terrazas, iglesias enormes levantadas varios siglos anteriores, barrios tan variopintos que combinan la decoración tradicional italiana con la juvenil, los graffitis y pinturas urbanas. Las casas más antiguas se distinguían por sus colores tonalidad pastel y las tejas de arcilla en los techos. Los balcones forjados por barrotes de hierro y decorados con geranios o pensamientos.

-¡Qué belleza! Nunca había visto una ciudad tan maravillosa que mezcle lo antiguo con lo moderno. Creo que me voy a acostumbrar pronto a todo esto.- dijo mirando al espejo retrovisor, buscando la mirada de Fabio que estaba conduciendo. Al oír el comentario, Fabio lo miró y le sonrió.

-Me alegro de que te guste. La verdad es que hay personas que cuando vienen, llegan con una idea y luego se desilusionan. Roma es perfecta para la aventura y la cultura de manera relajada. Sin embargo, ha habido muchos alumnos que creen todo lo contrario y se creen que esto es como Ámsterdam o Londres. Espero que te gusten mucho los museos, porque aquí de eso hay a montones.- dijo Fabio echándose una pequeña carcajada.

-Sí, sí, descuida. Vengo preparado para todo ello, es más, me encanta conocer de todo un poco. Desde muy pequeño, mis padres nos han enseñado que para llegar a ser personas completas y complejas es conveniente interesarse por todo un poco. Mi madre siempre nos dice que uno no sabe con quién va a hablar y de qué. Entre todos mis hermanos, yo soy el más tranquilo, no soy de salir de fiestas y me gusta mucho la lectura. No me gusta para nada hacer como muchos jóvenes que salen para beber y, en cuanto pierden el control, sólo piensan en buscar problemas y pelearse con el primero que encuentran delante.

-La verdad que la juventud de hoy en día ha cambiado mucho. No sé qué edad puedes tú, pero yo, en ese tiempo, no me quedaba mucho tiempo para juergas. Entre el trabajo en el campo con mi padre y seguir estudiando, el tiempo que tenía libre lo quería para culturizarme, y salir con alguna chica guapa.

Durante esta conversación se habían estado mirando de vez en cuando a través del espejo retrovisor, pero, cuando nombró la parte de las chicas guapas, miró al joven chico con una mirada fija. Esa mirada tenía algo de diferente al resto de la conversación.

-Sí, sí, no es por darle mucha importancia a las mujeres italianas, pero por regla son muy guapas. No sé cómo serán las españolas, pues nunca

he ido a España, pero las de aquí... Ya lo verás en cuanto llegues a la universidad.

-Eso te iba a preguntar. ¿Queda mucho para llegar? Es que tengo que ir al servicio.-dijo un tanto avergonzado.

-Pues no mucho, es más, ¿ves ese edificio que está al final de esa calle? Es justo ahí. Ahora mismo seguro que estarás algo perdido, pero si quieres mañana te puedo dar un callejero y enseñarte como moverte por la ciudad para que no te pierdas.

-Te lo agradezco mucho Fabio. No creí que fuera a tener tanta ayuda nada más llegar.- le contestó como agradecimiento por la ayuda ofrecida.

Capítulo 4 Una vez estuvo el coche aparcado, pocos metros cerca de la puerta de la entrada de la universidad, se bajaron y se pusieron de camino a la entrada. Era un lugar grande y bello, del que salían varios alumnos con sus carpetas o maletas. Seguramente sería el descanso y aprovechaban para ir tomar algún tentempié a alguna cafetería que estuviera cerca.

-Por cierto, sobre lo del callejero. Pásate luego por la conserjería y, si no estoy yo, te lo deja mi compañera. Se llama Marina y es una chica muy amable. Le comentaré que pasarás por ahí.

-Muchas gracias Fabio. Descuida que pasaré por allí en cuanto me haya instalado.

En la misma entrada del centro hay un cartel que dice "Università di Roma".

Norberto pensaba que no se había equivocado al elegir esa universidad para realizar la beca de estudios. No paraba de decirse que era espectacular. La había elegido entre otras tan buenas como la de Ámsterdam o la de Londres, más que nada porque estaba en Roma, pero con el tiempo se enteraría de que es la universidad más grande de toda Europa. En ese momento se separaron. Fabio se fue a su puesto de trabajo, la conserjería, mientras que Norberto no sabía hacia dónde mirar. Todo le parecía grande, e incluso, majestuoso. Tanto que ver y tan poco que se imaginó.

-Bienvenido señor Ibáñez. ¿Cómo está? ¿Ha tenido buen viaje?- le preguntó un señor alto, de cuerpo esbelto y con una buena pose,

nada más verlo entrar. Iba vestido con camisa de botones blanca con rayas finas azules, pantalón de traje azul marino y unos mocasines beige. Su cabello canoso y mirada fija, denotaban que se trataba de alguien con mucha experiencia y mucho saber estar.

-Buenas tardes. Muy bien gracias, un poco cansado pero nada. Ya se me pasará.

Y el vuelo pues normalito supongo, me quedé dormido nada más despegar.

-Discúlpeme por no presentarme. Soy Francesco Piacentini, director de esta universidad. ¿Le apetece que le enseñe las instalaciones o prefiere pasar directamente a su habitación y descansar?

-No, no, para nada. Preferiría acompañarle, y más adelante, descansaré.

-Perfecto, pues como ve, la universidad es una de las universidades más grandes de Europa. Es más, me atrevería a decir que la más grande. Fue inaugurada en 1950 y se caracteriza por ser una gran universidad.- comenzó explicándole el director. Norberto no paraba de mirarle entusiasmado y de asentir a todo lo que Francesco decía.

La conversación siguió mucho más de media hora.

Norberto creía que le mostraría lo más importante del centro pero parece ser que de eso nada. Por lo visto es una costumbre de Francesco enseñarle hasta el último rincón a cada alumno que llega nuevo.

Esta universidad no era como otras tantas en las que un solo edificio abarcaba varias carreras, sino que se trataba como una zona amurallada que, en su interior,

contenía a su vez varios edificios. Todo giraba alrededor de una plaza central. Esta plaza era el lugar que escogían los estudiantes para quedadas, pasarse los apuntes, etc. También había un aula magistral, el aula magna, la cual estaba destinada a las reuniones de tipo académico, donde el rector, el director y demás personal universitario realizaban concentraciones para comunicar posibles cursos nuevos, cambios académicos,... Entre los edificios se podrían ver el de neurología, química, ortopedia, medicina, botánica, ciencia, entre muchos otros. Además, constaba con un teatro propio, una capilla, una sala de enfermería, bibliotecas, situada justo en frente de la plaza central, una oficina banquera, una oficina de correos y, como mínimo tres bares, donde poder tomar y picar algo.

Ésto iban a ser unas vacaciones para Norberto. Una parte de él no paraba de recordarle que por mucho que le gustara aquello, él había venido para estudiar, no para divertirse, pero su otra parte le recomendaba que, aparte de estudiar, aprovechara para viajar, visitar y descubrir cosas nuevas que en Extremadura no iba a tener.

-¿Tiene alguna duda, señor Ibáñez?- le preguntó Francesco mirándole directamente a los ojos.

-No, por ahora no. Gracias señor Francesco por la visita guiada. Si la hubiera hecho yo sólo, seguro que me hubiera perdido o vuelto loco.

Ambos se echaron a reír debido al comentario de Norberto.

- Eso es normal al principio, a todos nos pasa. Si yo le contara mi experiencia la primera vez que llegué y tuve que buscar el aula de medicina. Si no me equivoco, creo que ese día no pude llegar a tiempo para dar la clase. Volvieron a reírse ambos.
- Bueno, ¿Recuerda dónde le indiqué que estaba su habitación?
- Sí, señor.
- Y recuerda. Aquí cuenta también con un comedor abierto todo el día para los alumnos, pero algunos prefieren, de vez en cuando, salir fuera, a la ciudad. Si lo desea, le puedo dejar un callejero para que se vaya familiarizando con Roma y sus calles.
- Muchas gracias por su ayuda. Es muy amable. El señor Fabio también me dijo lo mismo, y, de hecho, me comentó que pasara por conserjería y se lo pidiera a él o a Marina.
- Perfecto, veo que le tienen bien informado.- le dijo con una amplia sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.- Pues si no tiene ninguna duda, le dejo para que se vaya instalando. Si se le ofrece algo, puede pedírselo a los chicos en conserjería o venga a mi mismo despacho, y yo mismo lo recibiré.
- Vale, muchísimas gracias por todo.
- De nada, y por cierto, no se olvide por favor de dejarle a Fabio o a Marisa, quien esté, los documentos que le dieron sobre la beca. Los necesito para poder darle de alta y así comience sus clases la semana que viene.
- Descuide, en cuanto pueda los llevaré.
- Pues nada, bienvenido a la universidad y bienvenido a Roma.- dijo finalmente

para despedirse de Norberto y dirigirse al aula magna, donde tenía una reunión con los profesores del turno de la tarde. Ambos se cruzaron la mirada y, de esa manera, se despidieron. Norberto fue a la conserjería y le pidió a Fabio la llave de su habitación.

Se colgó la mochila, en la que llevaba el equipaje de mano, al hombro, agarró la maleta con ruedas y se dirigió a su habitación. Su habitación era la 105. En su interior había un baño pequeño, dos camas individuales, dos mesillas de noche con una lámpara no muy grande en cada una, y dos escritorios con sus respectivas sillas. Los escritorios se encontraban más que nada para aquellos alumnos que preferían estudiar solos y con plena intimidad, y que, en algún momento de sus estudios, no tuvieran ganas de desplazarse hasta una de las tantas bibliotecas que había allí. Sin embargo, los habían que no descartaban la oportunidad de ir a estudiar a otro lugar, simplemente por aprovechar y respirar aire fresco y no estar en todo momento en la habitación.

Norberto tendría que compartir habitación, y él lo sabía desde que recibió la respuesta de que podía acudir a Roma. Subió por las escaleras, que le llevarían al primer piso, y vio una placa justo enfrente de él que mostraba la dirección de las habitaciones según su número. A la derecha se encontraban desde las habitaciones 100 a la 120, y a la izquierda desde la 121 a la 140. Miró la placa, giró la cabeza hacia ambos lados y se dirigió a la derecha. A un lado se encontraban las habitaciones con números pares, y al

otro los impares. Eran pasillos con suelos de parqué,
relumbrantes, pues la luz que
procedía de las ventas centrales se reflejaba en la
madera clara. Tanto el suelo como
todo el mobiliario de los pasillos se repasaban todos los
días por las limpiadoras. Ante
todo, se intentaba que la comunidad universitaria
nunca le faltara de nada, y menos aún
limpieza. Las puertas de las habitaciones eran blancas,
con los números en metálico
clavados. Los manillares también eran de metal, todos
colocados para abrir hacia la
derecha.

Ahí estaba, la habitación 105. Los nervios le podían
más de lo que él pensaba.
Llevaba todo el trayecto intentando controlarlos, pero
era inevitable. Había pasado la
primera prueba, la de conocer a parte del personal de
la universidad, entre ellos al
director, pero ahora le tocaba una segunda prueba, la
de ver si su próximo compañero de
habitación estaría en la habitación y si se llevarían bien.
No se habían visto aún, pero
Norberto tenía toda la ilusión de poder conseguir una
buena amistad con esa persona
que compartiría tanto buenos momentos como malos.
Golpeó suavemente la puerta con
los nudillos, más que nada para que, si había alguien
dentro, se enterara de que estaba
fuera e iba a entrar. Agarró la manecilla, giró y abrió la
puerta. Aparentemente no había
nadie en la habitación.

La distribución de las habitaciones era para todas igual.
En la entrada se
encontraba el baño y, si girabas a la derecha, estaban
las camas y los escritorios en

frente de éstas. Al lado de las camas había ventanas, que permitían que entraran claridad para estudiar, leer, lo que quisieran los alumnos. Desde esas ventanas se podía ver algunos de los edificios que componían parte de la comunidad universitaria, alumnos caminando, la plaza central,... Esa habitación no tenía malas vistas.

-Hola, me da que tú eres el chico nuevo, ¿no? Me dijeron que venía un español.-
dijo, de repente, un chico que estaba sentado en su cama con las piernas cruzadas y su ordenador portátil encima.

Norberto se giró al oír esa voz, pues al entrar en la habitación no se había fijado en la existencia de alguien allí. Sólo pudo ver por arriba el baño, y porque estaba delante de él.

-¡Qué susto me ha dado! Pensé que no había nadie.-
dijo, aún asustado, Norberto mirando a aquel chico que le había sorprendido.-Hola, soy Norberto Ibáñez, el español.-
respondió con una sonrisa en la cara.-Te han informado bien.

-Me alegro de que seas un chico. Yo ya creía que me tocaría compartir habitación con una chica. No me molestaría, pero no podría dejar los calzones tirados por el suelo o hablar sobre las chicas que están en otras carreras. Bueno, creo que tú me entiendes, ¿no?-dijo con cara de pícaro.

-Claro, claro. El tener una compañera puede contarte un poco. Veo que hablas muy bien español, ya estaba a punto de dirigirme a ti en italiano.

-Durante la carrera tuve que elegir un idioma como

asignatura opcional. Sólo me daban a elegir idiomas, y entre ellos estaba español.

Todos me decían que eligiera español porque se parece al italiano, pero yo lo elegí porque en un futuro me gustaría ir de fiesta un verano a Ibiza o a cualquier lugar de ese tipo. ¡Ojalá a Marbella!

-Pues sí que te ha servido la asignatura, porque lo hablas muy bien.

-¿Y tú? ¿Por qué elegiste Roma para estudiar? Y tu italiano, ¿dónde lo aprendiste?

-Cuando me enteré de que habían en España una beca para estudiar en un país del extranjero, lo primero que hice, aparte de rellenar los papeles, fue apuntarme en una escuela para aprender italiano. Además, mi madre es italiana y desde pequeños, a mis hermanos y a mí, nos ha hablado en italiano. Nunca ha querido que perdamos sus raíces.

-Pues ya lo irás demostrando, a ver si se te da tan bien como a mí el español. Por cierto, que maleducado soy, me llamo Adriani Petrino.

-Encantado, Adriani. Ya mi nombre te lo sabes. ¿De qué parte de Italia eres?

-Soy de Florencia. ¿Y tú? No serás de Ibiza...

-No, no, soy de Extremadura. Nada que ver con Ibiza, pero la belleza de mi tierra también tiene su encanto. No pararía de hablar sobre ella.

-He oído hablar de Extremadura. Quién sabe, a lo mejor paso por allí cuando vaya de fiesta. Ahora yo pensando, si te pusieron en mi habitación, puede ser porque vayamos a estudiar lo mismo y juntos. Yo estoy apuntado a la especialización de

ingeniería.

-¡Qué casualidad! Yo también- dijo mientras los dos se miraron y se echaron unas carcajadas.- Me da que nos vamos a ver más de lo que creía. ¿Y qué se puede hacer aquí a parte de estudiar? ¿Sueles salir de marcha con algún grupo fuera de aquí?

-La verdad es que no. Puede que te haya dado la apariencia de ser un chico al que le gusta mucho la fiesta con lo de querer ir a Ibiza y demás, pero en realidad soy de los que les gusta más la tranquilidad. Es cierto que me gusta ir de vez en cuando a tomar algo a algún pub, pero no soy de los que todos los fines de semanas o antes de los exámenes estén metidos en las discotecas. Te aviso, en Roma hay muchas discotecas y sitios de ese estilo, si es lo que tú andas buscando. Yo suelo decir lo de Ibiza para tener un buen contacto con los nuevos que vienen de España. No quiero que se lleven una mala impresión de mí si desde primeras les digo que me gusta más una salida en plan tranquila que un mareo de cabeza, rodeado de gente y agobiándome.

-A mí me gusta exactamente lo mismo que a ti. Me encanta una barbacoa con los amigos o la familia, o una tarde en casa viendo pelis. Me acuerdo de una de las pocas veces que fui con un grupo de amigos a Madrid. Nos quedamos unos días y aprovechamos para ir a las discotecas. Fue tal el agobio que cogí y el dinero que me gasté innecesariamente que no he vuelto a pisar una discoteca de nuevo. Y no te preocupes, que si a mí me hubieras dicho desde un

principio que no te gustaban las discotecas, no pasaba nada. Es más, creo que hubiera sido yo quien te lo habría dicho. Veo que tenemos las mismas técnicas para calar a la gente.-le comentó buscando una sonrisa a su nuevo compañero de habitación, y la verdad es que la encontró. Estuvieron compartiendo situaciones bochornosas, detalles y demás durante la siguiente hora y poco. Los ojos se le iban cerrando, como persianas, a Norberto. No había descansado nada la noche anterior y, por mucho que hubiera dormido en el avión, no era suficiente. Intentaba mantener la conversación con Adriani, responderle a las últimas preguntas, hasta que éste notó que estaba cansado y lo dejó en la habitación para que se habituara a su cuarto, su cama y se echara un rato en ella. Adriani tenía que ir a la biblioteca a devolver un libro que había pedido prestado el día anterior.